

nafragareninternet



၂၀၀၁၀၂၀၃၀၄၀၅၀၆၀၇၀၈၀၉၁၀၁၁၁၂၁၃၁၄၁၅၁၆၁၇၁၈၁၉၂၀

Premio Nacional de Literatura Dramática 2000

de Jesús Campos García

Oscuro. Se escucha un vehículo que circula por carretera. Derrapa, frena, golpea, avanza durante unos segundos más y, finalmente, impacta contra algo. Luz roja. Silencio. Suenan un teléfono.

La escena, semicircular, está delimitada por una mampara de aluminio esmaltado en blanco y policarbonato translúcido. No hay puertas ni ventanas, si bien la mampara podría ser un gran ventanal. El techo es una sucesión de vigas paralelas a la embocadura. En el suelo, unas cajas (la mayoría de ellas, practicables) harán las funciones de muebles: generalmente, asientos, si bien la del centro, de mayor tamaño, podría ser la cama; un cilindro truncado sobre el que hay dibujada con tiza la silueta de una persona. Vigas, cajas y suelo, de color gris claro; ahora todo teñido de rojo por la luz que se filtra a través de la mampara.

Continúa sonando el teléfono. Silencio. Vuelven a insistir y, al tercer timbrado, oculto tras la que podría ser la cama, DANIEL (de unos 70 años, vestido con pijama verde claro) asoma la cabeza; al principio, tímidamente; luego, con mayor atrevimiento. Mira perplejo y, finalmente, cuando deja de sonar el teléfono, se dice:



DANIEL.—No hay nada tan cierto como que no es posible tener certeza de nada. *(Al tiempo que se incorpora.)* Estaba allí, ¿no? Pues bien, ya no está. Así somos de efímeros. Y no solo los seres vivos, también las cosas, lo inanimado; cuánto más, un coche, que ya prácticamente podría considerarse en la frontera del mundo animal.

(Vuelve a sonar el teléfono.)

DANIEL.—*(Hablándole a uno de los espejos.)* Te lo dije: no ha sido una buena idea. Puede, sí, que como solución inmediata, pero no como estrategia.

(El teléfono deja de sonar.)

DANIEL.—De acuerdo, el mar es siempre un escenario especialmente indicado para los grandes gestos. Pero el mar en lo insondable, el espacio infinito; no un chalet de playa. La segunda vivienda es un escondite demasiado obvio, un rastro al alcance de cualquier sabueso. Porque no te quepa la menor duda: estos han contratado policías mercenarios; que me los conozco. Y si, como es de suponer, nos descubren de inmediato, no faltará quien diga que era eso lo que en realidad pretendíamos.

(Vuelve a sonar el teléfono.)

DANIEL.—¿Ves? Basta con oírles graznar para saber quiénes son. Más que nada, por su insistencia.

(DANIEL abre una trampilla y revuelve entre cables hasta encontrar un teléfono que descuelga y cuelga sin contestar.)

DANIEL.—Cobran por horas —lo habrás visto en el cine—, y ese es el motivo de su dedicación: a más insistencia, más cobran. *(Al espejo.)* Ya, ya sé que en la empresa tuvimos que recurrir a personajes así para resolver cuestiones... delicadas. La verdad es que jamás aprobé esos métodos tan... persuasivos, y creo que no volvería a hacerlo; aunque solo sea por preservar la convivencia comercial: nadie está libre de incumplir un pago; de hecho, la mayoría de los morosos lo son muy a su pesar. *(Pausa.)* Puede que te parezca melodramático, pero antes que volver a tratar con tipos de esa calaña, prefiero sucumbir bajo el peso de la cartera de impagados. Sí, sí, como lo oyes: prefiero la suspensión, la quiebra, la ruina, antes que atosigar a nadie acuchillándole la dignidad. *(Pausa.)* No me gusta; detesto el agobio como procedimiento para alcanzar un fin. Otra cosa, ya, es la persuasión, el pulso de ingenios. Ahora, agobiar es de por sí agobiante, especialmente para quienes no estamos capacitados para el agobio. ¿No te parece?

(Suena el teléfono de nuevo y, como accionado por un resorte, abre de inmediato otra trampilla, también repleta de cables, por la que

accede a otro teléfono que igualmente descuelga y cuelga sin contestar.)

DANIEL.—Eso sí, por mucho que me disguste agobiar, lo que más me irrita es que me agobien; aunque siempre cabe la sospecha de si no seremos nosotros quienes más y mejor nos procuramos nuestros propios infortunios. *(Más directamente al espejo.)* O lo que es lo mismo, y esa es en concreto la pregunta: ¿la segunda vivienda es un bien o es un mal escondrijo? Porque si lo que queremos es que den pronto con nuestro paradero, está claro que este es el lugar adecuado; ahora, si lo que realmente queremos es que no nos encuentren, no se me ocurre otro peor.

(Vuelve a sonar el teléfono, al que accede por una trampilla abierta anteriormente y, tras rebuscar entre cables y tubos, lo descuelga.)

DANIEL.—*(Enérgico.)* ¡Sí?

VOZ LOCUTORA.—[...].

DANIEL.—La acepto. *(Más distendido.)* ¿Usted otra vez?

VOZ DE LA LOCA DE LOS DUELOS.—[...].

DANIEL.—Pero cómo no lo voy a saber. ¡Inconfundible! Reconocería su voz aunque no dijera esta boca es mía. Usted es la loca que me llama cada dos por tres para darme el pésame. ¿O me equivoco?

VOZ L.D.—[...].

DANIEL.—Mire, tómese lo como quiera, pero en este momento no estoy para duelos. Espero otra llamada, más desagradable aún que la suya, que me es imposible dejar de atender. En otra ocasión estaré encantado de seguirle el juego, pero no ahora.

VOZ L.D.—[...].

DANIEL.—Una llamada personal que nada tiene que ver con esa obsesión suya, tan mortuoria.



Voz L.D.—[...].

DANIEL.—No es mi intención desairarla, pero si quiere desairarse, “desairése” todo lo que quiera. En fin, lo siento, no tengo el día diplomático.

Voz L.D.—[...].

DANIEL.—Por supuesto que me molesta, cómo no me va a molestar. Me molesta muchísimo. Vamos, que no lo soporto.

Voz L.D.—[...].

DANIEL.—Pues porque se pasa la vida dándome el pésame.

Voz L.D.—[...].

DANIEL.—El mes pasado, sin ir más lejos.

Voz L.D.—[...].

DANIEL.—Claro que se murió. Solo faltaba que me diera el pésame sin que se me hubiera muerto alguien.

Voz L.D.—[...].

DANIEL.—Pues serán rarezas, pero cada cual es muy dueño de vivir sus duelos según su criterio.

Voz L.D.—[...].

DANIEL.—¡Ja!, que se cree usted eso. Mire, mientras no se demuestre lo contrario, para mí la muerte no es más que un invento de las multinacionales del sector. Y ese, amiga mía, es un consumismo al que no estoy dispuesto a entregarme.

Voz L.D.—[...].

DANIEL.—No, por Dios, no me interprete mal. Nadie ha dicho que trabaje el pésame a comisión. Tengo muy claro que lo suyo es vocacional. Pero les hace usted el juego a las multinacionales.

Voz L.D.—[...].

DANIEL.—Pues cuando se alarga con los parentescos a concuñados, requeteprimos y tatarasuegros; difuntos insospechados a los que nunca conocí y de los que jamás hubiera oído hablar, si no fuera por esa dichosa manía suya de llamarme con voz compungida y circunstancial.

Voz L.D.—[...].

DANIEL.—¡Oh, sí!, me encanta. Me parece una voz de lo más adecuada. Además, no enjuiciaba su voz. Me refería a la oportunidad, o mejor, a la falta de oportunidad; vamos, a la inoportunidad de sus llamadas.

Voz L.D.—[...].

DANIEL.—Sí, en general. Y de esta en particular. Estoy pasando un mal momento. Nada que tenga que ver con usted, son cosas mías, pero que me tienen algo alterado. Y desde luego, poco dispuesto a condolerme por muertes ajenas, que a saber lo intrincado del parentesco.

Voz L.D.—[...].

DANIEL.—Ahí lo tiene. Jamás oí hablar de esa señora.

Voz L.D..—[...].

DANIEL.—Pues peor me lo pone, que ya me dirá qué relación podía tener conmigo.

Voz L.D..—[...].

DANIEL.—Por favor, no me haga reír.

Voz L.D..—[...].

DANIEL.—Lo siento, pero usted se confunde. Es más, puedo asegurarle que no tengo ninguna prima monja. Así que difícilmente hemos podido ser uña y carne.

Voz L.D..—[...].

DANIEL.—¿Pero... pero qué dice? ¿Pero qué está diciendo? ¿Qué disparate es ese?

Voz L.D..—[...].

DANIEL.—¿Se burla de mí?

Voz L.D..—[...].

DANIEL.—Mire, le prohibo... le prohibo terminantemente que siga inventándose duelos a mis expensas.

Voz L.D..—[...].

DANIEL.—¡Que lo han dicho en televisión? ¡Cómo que lo han dicho en televisión? ¿Ha tenido el descaro de llamar a televisión para difundir esa calumnia?

Voz L.D..—[...].

DANIEL.—¿Pues quién, si no usted, iba a tener una ocurrencia semejante?

Voz L.D..—[...].

DANIEL.—Como que no la tengo. Ya se lo dije antes: no tengo ninguna prima monja; conque mal podía ir conmigo en el coche cuando se mató. Además, ¿cómo conmigo, si yo jamás he tenido un accidente? *(Pausa.)* Bueno, golpes sin importancia sí: bollos de chapa, algún piloto, roces de aparcamiento; pero nunca di un parte con sangre. Pregunte, pregunte en mi aseguradora.

Voz L.D..—[...].

DANIEL.— ¡Mi foto? ¡Han sacado mi foto en el telediario?

(Arroja el teléfono a la trampilla y se vuelve hacia el espejo, visiblemente alterado.)

DANIEL.— ¡Has oído eso? ¡En el telediario! ¡Pretendo pasar inadvertido y mi cara aparece en pantalla nada menos que en el telediario! O si no, la otra. En cuanto se le antoja, me larga un pésame la loca de los duelos. ¿Esto es vivir de incógnito? Esto es la popularidad. *(Pausa.)* Vamos, es que ya solo nos falta firmar autógrafos. *(Pausa.)* Te lo dije: un escondite así no está a la altura de nuestra perspicacia. Es más, para ocultarnos tan a la vista, mejor hubiéramos quedado a merendar con nuestros perseguidores. *(Pausa.)* No sé, pero por más que trato de estar a su nivel, siempre me supera la incoherencia de los demás. *(Pausa.)* O si no, lo de la monja. Vamos, lo de la monja ya es que me parece de fantasía.

(Y queda pensativo, inmóvil, hasta que finalmente reacciona.)

DANIEL.— Porque no tenemos ninguna prima monja. ¿O me equivoco?

(Descompuesto, se abalanza sobre el teclado del ordenador, conecta el módem, marca un número atropelladamente, se coloca el “manos libres” y aguarda con ansiedad a que contesten la llamada.)

DANIEL.— ¿Tenemos una prima monja?

VOZ MUJER.— [...].

DANIEL.— Pues claro que soy yo. ¿Quién voy a ser, si no?

VOZ M.— [...].

DANIEL.— Escúchame tú a mí: ¿tenemos una prima monja?

VOZ M.— [...].

DANIEL.— Pues claro que estoy bien. ¡Qué me va a pasar!

VOZ M.— [...].

DANIEL.—Qué más dará dónde esté.

Voz M.—[...].

DANIEL.—¿Quieres dejar esa monserga y contestarme de una puñetera vez? ¿Tenemos o no tenemos una prima monja?

Voz M.—[...].

DANIEL.—¿Seguro?

Voz M.—[...].

DANIEL.—O sea que tenemos.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Pero... pero se fue a China, ¿no?

Voz M.—[...].

DANIEL.—Ya.

Voz M.—[...].

DANIEL.—¿Y en diez años no ha sido para llamar diciendo que había vuelto?

Voz M.—[...].

DANIEL.—¿Cuándo? ¿Dónde? Me acordaría.

Voz M.—[...].

DANIEL.—¡Pero qué dices? ¡Qué tontería estás diciendo? ¡Quieres dejar de decir tonterías?

(Indignado, corta la comunicación en el teclado y se quita el "manos libres".)

DANIEL.—¡Increíble! ¡Esto es increíble! No, si ahora va a resultar que es verdad. Vamos, que tenemos una prima monja. Y no una monja en China que nos tiene presentes en sus oraciones, no; es que la vemos a diario. O al menos, eso es lo que quieren hacernos creer. ¿A ti esto te parece normal? Di, ¿te parece normal? Mi mujer; no la junta de acreedores, ni la fiscalía del Estado, no: mi mujer intentando hacerme luz de gas.

(Pausa.) Ahora, mira lo que te digo: no se van a salir con la suya. Y me da igual que inventen primas monjas o abuelas misioneras; por mucho que me aprieten para que salte, no pienso decir dónde guardo el dinero. *(Pausa.)* ¡Un accidente, qué imaginación! *(Pausa.)* Lo que está claro es que han pasado al ataque. Así que no deberíamos tomarnos este asunto tan a la ligera; están apostando fuerte y más nos vale andar prevenidos. No sé qué es lo que pretenden, pero hemos de darnos prisa en destapar su juego antes de que sea demasiado tarde. *(Pausa.)* Cualquier cosa, óyeme bien, cualquier cosa antes que volver a estar bajo su control.

(Con el ratón, establece una conexión vía Internet.)

DANIEL.— ¡Pero bueno!, ¿esto qué es? Para mí que sobran culos; vamos, que hay más culos que personas. ¿Ves lo que pasa por tener la agenda de Favoritos llena de direcciones guarras? *(Desconecta.)* En fin, no está el horno para bollos. Tenemos que averiguar qué es lo que traman. *(Con el ratón, establece otra conexión.)*

Voz M.—[...].

DANIEL.—Sí, sí. Soy yo otra vez. Verás, la prima esa que, según tú, veo casi a diario, ¿qué edad puede tener?

Voz M.—[...].

DANIEL.—Lo sé, claro que lo sé, ¿cómo no lo voy a saber? Solo que lo olvidé. A veces me falla la memoria. Olvidos sin importancia. No es ninguna novedad. *(Pausa.)* Lo que sí recuerdo es que mandaba estampitas desde donde estuviera.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Me llamó una amiga y me habló de ella. Solo quería asegurarme. No me gusta dejar cabos sueltos, y menos ahora, que tengo otros problemas por resolver.

Voz M.—[...].

DANIEL.—No te hagas de nuevas; sabes muy bien a qué me refiero.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Pues eso, que me llamó una amiga, no sé de qué te extrañas.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Es que no la conoces.

Voz M.—[...].

DANIEL.—¿Pero es que tienes que conocer a todo el mundo? ¡Te digo que no la conoces y no la conoces!

Voz M.—[...].

DANIEL.—¡Tranquilo? Es que es siempre lo mismo. *(Pausa.)* Por cierto, ¿viste ayer el telediario?

Voz M.—[...].

DANIEL.—No sé, cualquiera, me da igual.

Voz M.—[...].

DANIEL.—¡Entonces, si no viste ninguno, para qué preguntas cuál?

Voz M.—[...].

DANIEL.—Bueno, mira, déjalo; si no lo viste es igual. *(Breve pausa.)* Y otra cosa. Vas a hacerme un favor: baja al garaje y mira a ver si está el coche.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Sí, el coche.

Voz M.—[...].

DANIEL.—¿Pero qué nueva tontería es esa? Tú baja y mira a ver si está.

Voz M.—[...].

DANIEL.—¡Será posible! ¿Pero es que no puedes hacerme un jodío favor sin volverme la cabeza loca?

Voz M.—[...].

DANIEL.—Mira, ahora no tengo tiempo, pero ya te explicaré.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Verás, yo juraría que lo traje, solo que no lo encuentro.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Sí, pero por absurdo que pueda parecer, eso es justo lo que pasa: no lo encuentro.

Cabe, sí, la posibilidad de que viniera en taxi, aunque creo que no, vamos, que estoy seguro de que no. Por eso quiero que mires en el garaje. Más que nada, por asegurarme.

Voz M.—[...].

DANIEL.—No me hagas sentir más idiota de lo que ya me siento y haz el favor de bajar a ver si está.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Sí, claro que espero. ¿Cómo no te voy a esperar?

(Se engancha el “manos libres” en el cuello.)

DANIEL.—*(Al espejo.)* ¿Y qué, qué me dices?, ¿eh? Ahora resulta que tenemos una prima monja. Muerta, sí, pero monja. Está visto que hay que estar preparado para cualquier cosa. *(Pausa.)* Cada mañana, al despertar, te dices, más que nada para hacerte el ánimo: “A ver qué nueva catástrofe me depara hoy el día”, y por más que te pongas en lo peor, siempre te quedas corto. Porque ya estaba bien con lo del coche; un coche no se pierde todos los días. Pero no, no era suficiente; además, ¡premio para el caballero!: se sacan de la manga una prima muerta, o una prima monja, o una monja muerta; que también son ganas de molestar. *(Para sí.)* Bueno, mira, mejor la llamo luego.

(DANIEL se recuesta, al tiempo que deja el manos el “manos libres” sobre la tarima.)

DANIEL.—Se podían haber inventado una prima de la infancia, de esas que el que más y el que menos ha tenido una, pero no. *(Incorporándose.)* ¡Justi...! Claro, la prima Justi. ¿Pero cómo no habré caído antes? Aunque cómo iba a caer, llamándola Sor

Remedios. *(Al espejo.)* Justi. Vaya con Justi. Bueno, en realidad se llamaba Justiniana, o puede que Justa, que también es bastante árido, pero le decíamos Justi para aliviarle el nombre. No me extraña que se hiciera monja, aunque solo fuera para cambiárselo. Claro que entre Justi y Sor Remedios, mejor se hubiera quedado como estaba. *(Para sí.)* ¡Cielo santo, la prima Justi! Con lo puta que era y acabar en Asia bautizando paganos. ¡Qué fuerte! *(Al espejo.)* Bueno, sí, ya sé que ha vuelto. O al menos, eso es lo que intentan hacernos creer. La verdad es que lo mismo que se fue de repente para santificar el extremo Oriente, no me extrañaría que hubiera vuelto de improviso como agente secreto de la República Popular China; que siempre fue muy extremista. Claro que más extremista que morirse... *(Para sí.)* Yo... yo... yo es que alucino. ¡La prima Justi, muerta! Y van y lo cuentan en el telediario. Y es que le va mucho, pero mucho, que ella con tal de exhibirse... *(Al espejo.)* En casa debe haber alguna foto suya de cuando íbamos a patinar. Con lo que le gustaba ser artista y enseñar el culo. Parece que la estoy viendo en los respiraderos del metro, aireándose los ardores como si fuera Marilyn. Pero ya ves, le dieron una hucha del Domund y se aficionó.

(Suena el teléfono, abre otra trampilla, como siempre repleta de cables, y descuelga.)

VOZ LOCUTORA.—[...].

DANIEL.—La acepto. *(Pausa.)* Ya sé quién es.

VOZ LOCA DE LOS DUELOS.—[...].

DANIEL.—No, sor Remedios, la monja.

Voz L.D.—[...].

DANIEL.—Usted, señora, con todos mis respetos, ni sé quién es ni tengo el más mínimo interés en averiguarlo.

Voz L.D.—[...].

DANIEL.—Por supuesto. Hasta ahí ya llego. No crea que lo he dudado ni un momento. Usted

es la loca de los duelos. ¿O me equivoco?

Voz L.D..—[...].



DANIEL.—(*Irónico.*) Qué me dice. Usted no molesta nunca.

Voz L.D..—[...].

DANIEL.—En lo más mínimo, pero en lo más mínimo. Ahora, una cosa no quita la otra. (*In crescendo, hasta reventar.*) Usted me llama, me llora, me consuela, me tiene al tanto de las defunciones que puedan afectarme... Y da lo mismo que sea por parentesco, por vecindad o por simple conocimiento; que es que no se le escapa una. Y se lo agradezco, aunque solo sea por tenerme al corriente de las fluctuaciones del censo, créame que se lo agradezco. Ahora, eso no quita para que ni la conozca, ni tenga el más mínimo interés en conocerla. Es más, si me apura, y aunque es poco lo que la conozco, más preferiría no haberla conocido.

Voz L.D..—[...].

DANIEL.—Pues eso, téngame presente en sus oraciones, pero no me llame. No vuelva a

llamarme. Déjelo ya. ¡Vale?

(Arroja el teléfono a la trampilla.)

DANIEL.—Parece monja esta también. *(Al espejo.)* Mira, lo mismo eran compinches. *(Pausa.)*
Aprovecharé para llamar a casa antes de que vuelva al ataque con un nuevo
pésame.

(Suena un inalámbrico y contesta.)

DANIEL.—¡Quiere dejarme en paz!

VOZ TRAUMATÓLOGO.—[...].

DANIEL.—Ah, disculpe, creí que era otra persona.

VOZ T.—[...].

DANIEL.—¿Cómo dice?

VOZ T.—[...].

DANIEL.—No sé, pero me parece que se equivoca. ¿A qué número llama?

VOZ T.—[...].

DANIEL.—Bueno, si se empeña... Aunque no le veo mucho sentido.

(Pone la mano en la sien.)

VOZ T.—[...].

DANIEL.—Oiga, ¿esto qué es, un concurso?

VOZ T.—[...].

DANIEL.—No, pero si estoy apretando. Usted dijo suavemente.

VOZ T.—[...].

DANIEL.—Pues no. ¿Tendría que dolerme?

VOZ T.—[...].

DANIEL.—Me gustaría saber con quién tengo el gusto.

(Y tras cambiar el teléfono de mano, coloca su otra mano en su otra sien.)

Voz T.—[...].

DANIEL.—Sí, estoy preparado.

Voz T.—[...].

DANIEL.—Mire, ya le he dicho que no. Aprieto, pero no me duele. Ahora, si quiere, puedo golpearme con un martillo; seguro que así sí que me duele.

Voz T.—[...].

DANIEL.—¿La nuca? Mire, se acabó el concurso. No pienso seguirle el juego ni un segundo más.

Voz T.—[...].

DANIEL.—¿Es que no me oye?

Voz T.—[...].

DANIEL.—Si me duele o no me duele, es cosa mía. Vamos, pero usted es que está de atar. Claro que más loco estoy yo por seguirle el juego.

Voz T.—[...].

(Pone su mano en la nuca y aprieta con la cabeza hacia atrás.)

DANIEL.—No, no me duele.

Voz T.—[...].

DANIEL.—Oiga, mire, en cuclillas se va a poner su padre.

(Tira el inalámbrico.)

DANIEL.—He conocido locos, pero como este... ¿Pero de qué va? *(Al espejo.)* ¿Tú lo entiendes? *(Pausa.)* ¡Maldita sea! Ahora me siento ridículo. Y no es para menos. Vamos, como si no tuviera otra cosa que hacer que ponerme en cuclillas o apretarme la cabeza. No, si tenía que haberle colgado en cuanto dijo la primera sandez.

(Va a colocarse el “manos libres”, pero se lo piensa.)

DANIEL.—No habrá subido todavía. *(Al espejo.)* La verdad es que lo estamos haciendo rematadamente mal. Pudimos arreglarnos en una farmacia, que para esto *(Refiriéndose al vendaje de su mano.)*, con una tirita era suficiente. O bueno, con una gasa y un esparadrapo. Pero no, teníamos que ir al hospital. Pues ya ves, ahí lo tienes, mira tú ahora las consecuencias. Como si no tuviéramos bastante con los detectives, para que también nos anden buscando los traumatólogos. Ahora, estos a mí no me amargan la vida. Lesiones internas, lesiones internas... ¡Pues claro que tenemos lesiones internas! Para diagnosticar eso no es preciso estudiar una carrera. Cualquiera a nuestra edad está acribillado de lesiones internas. ¡No te fastidia! *(Pausa.)* ¿Lesiones internas? ¡Heridas mortales!, diría yo, sin necesidad de ponerme en observación. *(Pausa.)* ¿Sabes lo que te digo? Que donde se ponga la adolescencia, que se quite la geriatría. Aquello sí que era salud; que, para heridas, las del corazón. *(Al espejo.)* De buena gana me iba a dar un paseo. *(Para sí.)* Con lo bien que se me daba a mí pasear. *(Pausa.)* Ya ves, equivocamos el oficio: cuánto mejor nos hubiera ido de paseantes sin rumbo que no así, de empresarios agobiados. *(Reacciona.)* ¿Será posible?, ¿pues no me había olvidado?

(Se coloca el “manos libres” y marca con el ratón.)

DANIEL.—No hay nada peor que abandonarse a la nostalgia.

VOZ MUJER.—[...].

DANIEL.—¿Está?

VOZ M.—[...].

DANIEL.—El coche, ¿qué, si no? ¿O a qué has bajado al garaje?

VOZ M.—[...].

DANIEL.—Lo que me temía.

VOZ M.—[...].

DANIEL.—¿Quieres dejar de dar la lata con que si estoy bien? ¡Pues claro que estoy bien!

Indignado, pero bien.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Indignado conmigo y con todos. ¿Tú cómo te sentirías si te pasara una cosa así?

Voz M.—[...].

DANIEL.—Ah, ¿te parece que no la tiene? El mundo financiero me niega hasta el aire para respirar, y cuando consigo impulso para salir a flote, en plena evasión de capital, resulta que me olvido de dónde dejé el coche.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Te lo advierto: no pretendas confundirme.

Voz M.—[...].

DANIEL.—¿Pero cómo no vamos a tener coche, si hasta la televisión anda diciendo que he tenido un accidente?

Voz M.—[...].

DANIEL.—Yo no he dicho que lo haya tenido. La televisión dice que lo he tenido, que no es lo mismo. Ahora, independientemente de que lo haya tenido o no, lo que está claro es que para poder tener un accidente es preciso tener coche. *(Irritado.)* Y ese coche, justo ese coche, es el que yo esperaba que estuviera en el garaje. Pero no está. Por lo visto, el garaje está vacío. ¿O no? Así que habrá que admitir que lo he perdido.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Segurísimo. Y si te he dicho que miraras, no es porque tenga la más mínima duda; me acuerdo perfectamente de dónde lo cogí y dónde lo dejé; solo que no quería dejar ningún cabo suelto.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Pues ya te lo estoy diciendo, en que no está. ¿Te parece poco problema?

Voz M.—[...].

DANIEL.—En un descampado, junto a una tapia.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Sí, allí tendría que estar, pero no está. Ese el problema, que no está. ¿Me oyes? No está. Tendría que estar, pero no está.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Sí, claro, la grúa fue lo primero en que pensé. Pero lo descarté enseguida.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Pues porque no habían dejado la pegatina.

Voz M.—[...].

DANIEL.—También lo pensé. Pero no, estaba claro que no; ni fue la grúa ni lo habían robado.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Pues porque no se iban a haber llevado también la tapia.

Voz M.—[...].

DANIEL.—No, no estaba.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Pues porque no estaba.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Mira qué graciosa. Y tanto que era el mismo descampado. Fue lo primero que miré, no soy tan necio.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Y qué sé yo. Pues por lo que se reconocen los descampados: por los caminos, por la pendiente y... por la tapia.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Y no estaba, pero sí los cimientos: una hilera de piedras que bordeaba el camino, justo donde debería estar la tapia.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Ni muy bien, ni muy mal. No se entiende nada.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Por supuesto que pienso volver. En cuanto recupere mi buen nombre y las acciones vuelvan a cotizarse como cuando éramos jóvenes, regresaré.

Voz M.—[...].

DANIEL.—También, ya lo creo, pero no el único. Es, más que nada, una cuestión de dignidad, de autoestima. Se puede perder la empresa, y el coche, y la memoria, y la razón, pero no todo a un tiempo. Esa es la verdadera naturaleza del problema: la coincidencia.

Voz M.—[...].

DANIEL.—¿Ayuda? No necesito ayuda. Me basto y me sobro para resolver mis problemas. No como tú.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Sí, como tú. ¿O es que tú no has pedido ayuda?

Voz M.—[...].

DANIEL.—Pues a eso, a que has pedido ayuda.

Voz M.—[...].

DANIEL.—¿Contigo? ¿Quién?

Voz M.—[...].

DANIEL.—¿No te bastaba con un detective privado?

Voz M.—[...].

DANIEL.—No, por mí no, preocupada por ti. O mejor, por el dinero.

Voz M.—[...].

DANIEL.—¿Que me aconsejen? ¿Pero se puede saber qué es lo que pretendes?

Voz M.—[...].

DANIEL.—No tengo ningún interés en hablar con esos señores.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Me tiene sin cuidado.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Es que me da igual.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Mira, ese es tu problema. No haberles llamado.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Nada. No temo absolutamente nada. Ahora, fíjate lo que te digo: prefiero ir al médico antes que hablar con la policía.

(Corta la llamada en el teclado.)

DANIEL.—¿Qué? No sé tú, pero lo que es yo, jamás me hubiera imaginado una encerrona así. Vamos, que me supera. *(Pausa.)* Mal, pero que muy mal. Es que esto ya no es broma, aquí se juega en serio. Porque lo del telediario, aunque es fuerte —bueno, fuerte, fortísimo; que tampoco vamos a decir una cosa por otra—, pero bueno, podía pasar; al fin y al cabo, son noticias, historias que se cuentan, no sé, rellenos audiovisuales, que de algo tienen que hablar. Ahora, es que esto ya pasa de castaño a oscuro. *(Pausa.)* Yo ya contaba con que le hubieran dado el caso a un detective, que así es como se arreglan los pleitos familiares, en la intimidad; pero no: es que me están montando una pesadilla con juzgados y penitenciarías. Se ve que no tienen bastante con esconder el coche para hacerme creer que estoy perdiendo facultades. Ahora que, por mí, ya pueden llamar a la policía, que como no tenemos nada que ocultar... Salvo el dinero, claro. *(Pausa.)* ¿O sí tenemos algo que ocultar? *(Pausa.)* ¿No habrás hecho algo que yo no sepa y que debería saber? *(Pausa.)* Le tocaste las piernas. ¿No? Di, ¿le tocaste las piernas? Es que hay que ver la manía esa tuya de querer meter la mano donde más problemas nos da. Podías cortarte un pelo, vamos, digo yo, que ya tienes edad. *(Pausa.)* Sí, creo que va a ser mejor que

hable con ellos.

(Se coloca el “manos libres” y marca con el ratón.)

DANIEL.—Descuida, no temas, no voy a decirles nada; no soy tan estúpido. Pero es mejor saber qué es lo que saben ellos. *(Al espejo.)* Vergüenza debería darte. *(Al teléfono.)* Pásamelos.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Sí, pásamelos. ¿No querías que hablara con ellos?

Voz M.—[...].

DANIEL.—Me da igual quién los haya llamado. Pero en fin, bien, vale, enterado; no has sido tú. El caso es que quieren hablar conmigo, ¿no? Pues pásamelos.

Voz M.—[...].

Voz POLICÍA.—[...]

DANIEL.—¿Con quién tengo el gusto?

Voz P.—[...].

DANIEL.—Bien, pues usted me dirá.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Ah, ¿pero no era usted el que quería hablar conmigo? *(Al espejo, tapando el micro.)* Menudo pájaro este también. *(Al teléfono.)* Sí, bueno, pero no me había planteado poner una denuncia. Al menos, no todavía. Llamé, sí, a la grúa, por si sabían algo, y no descarto pasar por comisaría, aunque eso ya sería el último recurso.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Aparcado. Perfectamente aparcado.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Verá, es que es difícil de explicar, porque no se trata de un sitio así... ¿Cómo le diría? Vamos, que no es una dirección precisa: calle tal, número cual.

Voz P.—[...].

DANIEL.—En... un descampado.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Sí, puede resultar extraño, pero no hay ninguna ley que impida dejar el coche en un descampado.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Tampoco se trata de un descampado, así, sin más. *(Pausa.)* Verá, es un sitio que conozco muy bien, porque coge al paso, según se va a la residencia.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Sí, pues sí, precisamente. Justo ahí, que hay una tapia.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Bueno, sí, que había.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Pues no sé, la habrán tirado; yo qué quiere que le diga.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Oiga, mire, yo es que no puedo estar pendiente de si tiran o no tiran una tapia. Bastante tengo ya con averiguar dónde está el coche, para también tener que ocuparme de lo que ha pasado con la tapia.

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Sabe usted dónde está el coche?

Voz P.—[...].

DANIEL.—Pues podía haber empezado por ahí.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Mire, yo lo único que sé es que dejé el coche junto a la tapia, y que desaparecieron. Vamos, como si se los hubiera tragado la tierra. Así que si ahora

resulta que son ustedes los que tienen el coche, pues mire usted qué bien; me lo dan y punto.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Es que eso no es de mi incumbencia. Y además, que no tengo ni la más remota idea. Así que, por mucho que se empeñe, mal puedo decirle qué pasó con la tapia.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Pero hombre, no diga tonterías, ¿cómo no iba a haber una tapia?

Voz P.—[...].

DANIEL.—Claro que pudo no haberla, pero la había.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Pues porque choqué con ella. Figúrese si estoy seguro.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Sí, bueno, un accidente. ¿Y qué? Un golpe sin importancia.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Sí, como todo el mundo. ¿O es que usted no ha tenido nunca un accidente?

Voz P.—[...].

DANIEL.—Pues eso.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Puede, sí, que en alguna ocasión lo haya negado, pero nunca ante instancias oficiales. Otra cosa ya es lo que pueda haberle dicho a la familia. No tenía por qué alarmarles sin necesidad.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Pues claro que me fui. No me iba a quedar allí, en medio del descampado.

Voz P.—[...].

DANIEL.—¡Eeeh...! Un momento, un momento. ¿Cómo que me di a la fuga?

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Y qué quería que hiciera, rellenar un parte amistoso con la tapia?

Voz P.—[...].

DANIEL.—Oiga, aquí me tiene, pregunte lo que quiera.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Yo iba delante, con la más joven. Por cierto, muy guapa la chica, pero que muy guapa.

Voz P.—[...].

DANIEL.—La otra iba sentada atrás...

Voz P.—[...].

DANIEL.—Sí, eso me ha dicho mi mujer, que trabajaba en la residencia. Pero yo, qué quiere que le diga, ni recuerdo haberla visto por allí, ni tenía noticia de que pudiera ser mi prima.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Fue muy rápido, ¿sabe? Probablemente siempre sea así. Eso fue lo que más me impresionó: lo rápido que fue todo.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Pues no. De haber sabido que era mi prima, me hubiera fijado más. Ahora, eso sí, ni por lo más remoto se me pasó por la cabeza que pudiera estar muerta.

Voz P.—[...].

DANIEL.—¡Mire, pues no me fijé!

Voz P.—[...].

DANIEL.—Me llamó una amiga, ella fue la que me lo dijo. Bueno, una loca que me llama cuando se le antoja para darme el pésame. Así que, como comprenderá, no le hice ni el más mínimo caso. Ahora ya, diciéndomelo usted, la cosa cambia.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Y dale, pero cuántas veces se lo voy a tener que repetir: no me fijé. Si uno no se fija... Pregúnteme por la novicia y verá cómo me acuerdo de todo con pelos y señales.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Por supuesto que soy un viejo verde, como que estoy en la edad. Mire, el viejo verde no nace, se hace. O a ver si es que se cree que yo ya era un viejo verde cuando tenía quince años.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Hombre, con quince años, yo era un pichabrava. O si no, pregúntenselo a la prima Justi. Claro que si siguen insistiendo en que está muerta, difícilmente podrán preguntarle nada.

Voz P.—[...].

DANIEL.—La monja, la vieja. Ahora, por lo visto, le decían sor Remedios, pero de soltera se llamaba Justi.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Sí, antes de casarse con Dios.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Cómo no la iba a conocer. Una cosa es que no la reconociera así, de monja, toda arrugada —que es que hay que ver cómo la habían dejado las misiones, hecha una pasita—, y otra muy distinta que la hubiera olvidado. Menuda era la prima Justi; como para olvidarla: con la de homenajes que me hizo en el retrete.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Mire, yo a la Justi siempre le estaré profundamente agradecido; que ahora los tiempos han cambiado y todo está más al alcance de la mano, pero entonces es que no se puede usted ni figurar lo difícil que era llegar al meollo. Así que, por mucho que esté de cuerpo presente, no tengo ningún empacho en agradecerle públicamente el que, en plena dictadura, tuviera el detalle de enseñármelo en

privado.

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Y a usted quién le ha dicho que yo tenga mala memoria?

Voz P.—[...].

DANIEL.—Mírela qué mona. Pues dígale que está mejor callada.

Voz P.—[...].

DANIEL.—A la perfección. El accidente lo recuerdo como si acabara de ocurrir.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Cierto, y eso me tenía perplejo, porque estaba seguro de que lo había dejado junto a la tapia y, claro, cuando regresé y vi que no estaba, me quedé de piedra. Afortunadamente, ya está todo aclarado, puesto que fueron ustedes quienes se lo llevaron.

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Cómo es eso? Usted antes dijo que lo tenían en el depósito.

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Que no tengo coche? ¿Eso quién se lo ha dicho? Mi señora, ¿no?

Voz P.—[...].

DANIEL.—Pero en qué cabeza cabe. Pero por favor. Pero... pero... pero... ¿Pero cómo que lo vendí cuando dejaron de renovarme el carnet de conducir? Mire, a mi mujer, ni caso. Pero por favor. Pero si hasta me felicitaron por lo bien que había pasado el examen. *(Pausa.)* Si es que es de cajón: a ver, si no, cómo he tenido el accidente.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Imposible. Eso es totalmente imposible.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Pues porque yo no he conducido nunca una furgoneta.

Voz P.—[...].

DANIEL.—A ver, a ver. ¿Qué nuevo sinsentido es ese?

Voz P.—[...].

DANIEL.—Por favor, no disparete.

Voz P.—[...].

DANIEL.—¡No, déjeme usted acabar a mí! ¿O sea que hasta en la televisión están diciendo que tenido un accidente, y ahora va y me sale con que quien conducía era la novicia? Mire, aclárese.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Pues lo tendrá muy claro, pero oyéndole cualquiera diría que lo que pretende es confundir.

Voz P.—[...].

DANIEL.—A mí. Conozco sus procedimientos. He visto mucho cine negro y sé muy bien de lo que va el tema, así que no voy a dejarme enredar en una sarta de hipótesis con las que lo único que pretende es que me contradiga, para lucirse y parecer más inteligente.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Decir que me di a la fuga. Por ejemplo.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Eso es una bajeza. Hice lo que pude. Claro que hice por auxiliarlas. ¿Cómo puede siquiera ponerlo en duda? Pero las puertas estaban bloqueadas.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Pues porque salí despedido. Antes de estrellarse contra la tapia, el coche fue dando bandazos de un lado para otro.

Voz P.—[...].

DANIEL.—El coche o la furgoneta, qué más dará. *(Pausa.)* El caso es que nos salimos del

camino varias veces. Hasta nos metimos en un barbecho, creo. En una de esas, la puerta se abrió y caí a la cuneta. Y eso fue lo que pasó.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Ah, pues no sé. Perdería los frenos, o se le cruzaría un gato, o un perro. ¡Qué sé yo! ¿Pero es que voy a tener yo que saberlo todo?

Voz P.—[...].

DANIEL.—Cuando recobré el conocimiento... Porque perdí el conocimiento, ¿sabe? Pues eso. *(Pausa.)* Así que cuando me recuperé, traté de sacarlas, pero las puertas estaban bloqueadas.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Pues sí, todas.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Sí, también la de atrás. *(Pausa.)* Oiga, ¿pero no tienen ustedes la furgoneta? Pues ya lo habrán visto. ¡O es que no han visto que estaba cerrada con llave?

Voz P.—[...].

DANIEL.—Ni genio, ni genio. Es que es preguntar por preguntar.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Pues sí, eso fue lo que hice: mirarlas. Era lo único que podía hacer: mirar por la ventanilla. La verdad es que me quedé encandilado; como si las estuviera viendo en una pantalla de televisión. Las veía, sí, pero no podía hacer nada.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Pues no, en ningún momento pensé que pudiera estar muerta. Me pareció dormida. O mareada. Es lo que pensé.

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Ve? La novicia, en cambio, sonreía y entornaba los ojos como si estuviera fumada.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Pues sería la cosa mística, que se le iba y se le venía. Aunque yo, para mí, pensé que es que le daba al ‘canabís’.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Oiga, qué quiere que le diga, lo pensé. Ahora, si quiere que lo retire, lo retiro, que no es mi intención ofender a nadie. Aunque tampoco me parece que nadie tenga que ofenderse porque yo lo pensara. Que es que no he dicho que ella fumara, sino que yo lo pensé. Pero, vamos, que lo retiro. (*Tapando el micro.*) Ni que fuera la primera monja en la historia que le diera al ‘canabís’.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Para nada. Mire, no pretendo inculpar a nadie.

Voz P.—[...].

DANIEL.—¡Oiga, oiga! Usted a mí no me da lecciones de ética. Faltaría más. ¡Dios! ¡La policía! ¡De ética!

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Cómo que no? A los bomberos. Avisé a los bomberos para que las sacaran con un soplete.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Sí, bueno, tardé en reaccionar, pero porque me quedé como atontado, pero luego los llamé. Cuando caí en la cuenta de que les podían entrar ganas de ir al servicio, reaccioné. ¿Se imagina? Debe ser terrible estar así, encerrado, y que te entren ganas de orinar.

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿A la ligera? Usted es que se ve que aún no tiene problemas con la próstata, pero no crea que es un problema menor. Vamos, que no se puede hacer una idea de lo mal que se pasa.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Un momento, un momento. No estoy diciendo que ellas tuvieran problemas con la próstata. No me tome por imbécil. Ahora, nadie está libre de tener una urgencia.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Me fui al cine.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Sí, llamé a los bomberos y me fui al cine. ¿Le parece mal? Además, ¿qué otra cosa podía hacer?

Voz P.—[...].

DANIEL.—Pues sí, es posible, tal vez debí quedarme; pero qué quiere, hice *zapping* y me fui al cine.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Me gusta, y hacía tiempo que no iba.

Voz P.—[...].

DANIEL.—No, no; no se confunda. Tardé en llamar porque perdí el conocimiento, pero jamás me hubiera ido al cine sin dar antes la voz de alarma. No iba a dejarlas meándose en los hábitos. (*Pausa.*) Mire, y no es por dármelas de humanitario, pero hasta que no vi pasar a los bomberos, no saqué la entrada. Ahora, en cuanto supe que sus problemas de vejiga estaban resueltos, me senté frente a la pantalla y me abandoné.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Pues porque es grande, y de colores... Qué quiere, a mí el cine me favorece. Yo, cuando me veo en el cine, tan guapo y tan valiente, me siento mucho mejor.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Entiendo perfectamente que no me entienda. De hecho, eso mismo es lo que me ha pasado a mí toda la vida. Yo jamás me entendí. “Entiéndete a ti mismo”, que lo

habrá oído decir. Pues nada, yo, ni flores. *(Pausa.)* Por cierto, ¿usted se entiende?

Voz P.—[...].

DANIEL.—Lo suponía.

(Suena un teléfono.)

DANIEL.—Un momento, que tengo otra llamada.

(Abre la trampa y descuelga el inalámbrico, al tiempo que se quita el “manos libres”).

DANIEL.—¿Diga?

Voz LOCUTORA.—[...].

DANIEL.—Sí, la acepto.

Voz L.D.—[...].

DANIEL.—Pero... pero... ¿pero será posible?

Voz L.D.—[...].

DANIEL.—Mire, ni lo sé ni me importa. No tengo el cuerpo para acertijos. Y le prohíbo que me llame cada vez que a alguien se le ocurra morir.

Voz L.D.—[...].

DANIEL.—¿Pero usted se cree que esto es vida? Además, estoy atendiendo otra llamada. Un asunto quizás no importante, pero sí engorroso. ¿Sabe? La justicia es un deporte de alto riesgo que los ciudadanos de a pie no nos podemos permitir. Aun así, mi familia se empeña en que tenga tratos con la policía; conque figúrese en qué momento me coge: en pleno descenso a los juzgados, e implicado nada menos que en un accidente con partes de sangre.

Voz L.D.—[...].

DANIEL.—¡Del accidente?

Voz L.D.—[...].

DANIEL.— ¡No irá a decirme que he tenido otro accidente?

Voz L.D.— [...].

DANIEL.— ¿Qué pasa con la novicia?

Voz L.D.— [...].

DANIEL.— ¿Cómo que ha muerto? ¿Pero no se había muerto ya?

Voz L.D.— [...].

DANIEL.— No sé, yo pensaba que habían muerto las dos. O, al menos, eso es lo que me estaba haciendo creer el comisario. *(Para sí.)* Me van a oír. *(Al teléfono.)* Mire, llámeme luego y luego hablamos.

Voz L.D.— [...].

DANIEL.— *(Para sí.)* Pero qué descaro.

(Tira el teléfono y vuelve a colocarse el “manos libres”.)

DANIEL.— ¿Sigue ahí?

Voz POLICÍA.— [...].

DANIEL.— ¿Y puede saberse por qué me dijo que había muerto la novicia?

Voz P.— [...].

DANIEL.— Sí, la novicia.

Voz P.— [...].

DANIEL.— ¿Va a negarlo?

Voz P.— [...].

DANIEL.— Pero aparte de mi prima, usted daba a entender... vamos, que se refería siempre a las dos.

Voz P.— [...].

DANIEL.— Herida, sí, pero eso usted no lo aclaraba.

Voz P.— [...].

DANIEL.—Podía haber hecho algún comentario: “está herida”, “se encuentra mejor”, “parece que no mejora”... No sé, esas cosas que se dicen. Pero usted, nada. Usted, de la novicia, ni media. Cualquiera diría que tenía interés en que yo pensara que estaba muerta.

Voz P.—[...].

DANIEL.—No, ya no.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Sí, que ya no; vamos, que ya no sigue viva, que ahora está muerta.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Eso es, muerta. Como mi prima.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Lo sé.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Me llamó una amiga. Bueno, la llamada esta de hace un momento. Ella ha sido la que me lo ha dicho.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Pues sí, la loca. Pero no se confunda, en cuestiones de muerte está muy bien informada. Vamos, que no se le escapa una.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Aun así, yo volvería a llamar. Por lo visto, ha sido hace un momento.

Voz P.—[...].

DANIEL.—No me puedo quejar. En lo que respecta a muertes colindantes, como usted bien dice, disfruto de información privilegiada.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Pues no sabría explicarle por qué, pero lo hace. Cada vez que alguien se muere, a poco que tenga que ver conmigo, ella me lo cuenta. Debe ser como una

enfermedad; algo morbosos. Ahora, eso sí, no falla. Pero si quiere convencerse, ya le digo: lo mejor es que llame al hospital.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Pregunte, pregúntelos, y luego me llama.

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Me lo está diciendo en serio? ¿No tiene mi teléfono? ¿De verdad me está diciendo que no han sido capaces de localizar la llamada? Mire, dígale a sus sabuesos que espabilen, o que vayan más al cine, que en el cine se aprende mucho.

(Cuelga el teléfono, cierra la trampilla y, tras unos segundos de reflexión, se vuelve airado contra el espejo.)

DANIEL.—¡Dos! ¡No una, no, dos! ¡Hemos matado dos monjas! Podías haber dejado la mano quietecita, que hay que ver la que hemos armado. ¡Dos monjas! Y todo por esa mano tuya, que no repara en hábitos. Vergüenza debería darte: toda una vida de honradez, tirada por la borda. Sí, de honradez; que los negocios, por mucho que se hagan mirando para otro lado, no solo no desmerecen, sino que te acreditan. Pero ya ves, vamos a acabar en lenguas, y todo por esa mano furtiva; ¡que mira tú qué lástima, no fueras manco!

(Ríe su propia gracia.)

DANIEL.—Y no te rías, ¿eh?, que maldita la gracia. Que yo, no es que sea puritano, que en queriendo ella, por mí hasta el codo; pero es que no quería, que para qué el soponcio que se llevó la pobre. *(Pausa.)* Y anda que la cosa ha quedado en familia: cuatro millones de telespectadores. Que, para más inri, mire usted por dónde, teníamos que ser ranking de audiencia. *(Pausa.)* Qué vergüenza, Señor, qué vergüenza cuando hayan dicho la edad; porque esto de chaval... bueno, mal está, pero aún se le puede buscar una disculpa, pero a nuestros años... Y encima monja. ¡Qué bochorno! Pero mira que alzarle los hábitos a una novicia... Esperemos que no se sepa, que como se sepa, ¡Dios, como se sepa!, como se sepa es que quedamos a

la altura de Don Juan Tenorio. Y encima en prosa. Con razón se salió la pobre de la carretera. ¡Y del mundo! *(Pausa.)* Aunque eso de que se hayan salido del mundo, no lo tengo ya tan claro. Que traspuestas sí que estaban, que el golpe no fue para menos, pero muertas... De muertas, nada, que los muertos, que yo sepa, no tienen problemas de vejiga. Y estas se meaban, vamos, que si se meaban. Sobre todo, la novicia; que hasta ponía los ojos en blanco. Pero claro, ahora cargan las tintas para que nos acojonemos, pero ni aun así se van a salir con la suya. *(Pausa.)* De todos modos, vivas o muertas, de lo que no cabe duda es de que el golpe nos lo dimos, y por tu culpa; por esa maldita manía tuya de que sigamos comportándonos como si aún fuéramos un pichabrava, cuando ya solo somos un jodío prostático. *(Pausa.)* De acuerdo, de acuerdo, somos “libres” *(Y entrecomilla con los dedos.)*, eso nadie lo discute. Mira por dónde, gracias a tu golpe de mano *(dicho esto con intención)*, nos hemos escapado de la residencia. Pero ya ves, ahora no solo tenemos a los sabuesos husmeando entre los papeles para averiguar dónde escondemos el dinero, sino que además nos persigue la policía, los traumatólogos y una loca empeñada en acompañarnos en el sentimiento.

(Suena el teléfono.)

DANIEL.—¿Ves? *(Para sí.)* A saber quién será ahora.

(Coge el teléfono de una trampilla.)

VOZ ENFERMERA.—[...].

DANIEL.—Lo siento, se ha equivocado. *(Al espejo, tapando el micro.)* ¿Qué te decía? Del hospital. *(Al teléfono.)* Oiga, que no. Que le estoy diciendo que no, que aquí no vive ningún herido.

Voz E.—[...].

DANIEL.—¿Otra vez con la sien? Mire, lo siento; si tiene interés en saber lo que ocurre cuando uno se aprieta la sien, lo tiene muy fácil: apriétese la suya.

(Y tira el inalámbrico a la trampilla.)

DANIEL.—*(Al espejo.)* El traumatólogo. *(Pausa.)* Bueno, su enfermera, que para el caso... *(Pausa.)* También la ocurrencia de darle el teléfono... Y es que no pensamos las cosas, eso es lo que pasa, que hacemos las cosas sin pensar. Que no sé quién nos mandaría ponernos en manos de traumatólogos, sabiendo lo pesados que se ponen con esa manía suya de la rehabilitación. *(Pausa.)* Y si no, lo del cine. Porque mira tú que lo del cine... ¿Qué necesidad teníamos...?, ¿eh? ¿Qué necesidad teníamos de entretenernos con desgracias ajenas, pudiendo haber salvado a dos monjas heridas? Que además era en directo. *(Pausa.)* Bueno, heridas o muertas, que esa es otra. *(Pausa.)* Por cierto, veamos qué le han dicho al comisario.

(Conecta el módem con el ratón.)

DANIEL.—A ver si coincide la versión policial con la versión *(irónico)* “sobrenatural”.

Voz POLICÍA.—[...].

DANIEL.—¿Qué, no dieron aún con el número? Anda, que si tengo que estar esperando a que lo averigüen...

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Quién quiere que sea?

Voz P.—[...].

DANIEL.—Pues claro que ha muerto. ¿Qué creía, que hablaba por hablar? Mire, si yo le digo que la loca de los duelos me ha dado el pésame por alguien, puede poner la mano en el fuego, que al que sea se le está helando la sangre en las venas.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Sí, es que es instantáneo; vamos, cibernético: es morir y saberse.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Ya, ya supongo que una persona así les sería de gran utilidad en el departamento.

Voz P.—[...].

DANIEL.—No, me temo que no. Salvo lo que ya le he dicho, apenas sé nada de ella. Es más,

no sabría ni cómo llamarla, así que difícilmente puedo presentársela.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Sí, es muy eficaz. Y no crea que se limita a comunicármelo telefónicamente: si no contesto a su llamada, me deja un mensaje en el buzón de voz. Y eso no es todo. Introduce los datos personales del difunto en el ordenador —ya sabe, por Internet—, y así me va haciendo un listado de los que se me van yendo al otro barrio. Un listado, por cierto, interminable. Dice que para que me anime, que ya van siendo más los que me esperan que los que me retienen. Conque figúrese el panorama, como para animarse.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Porque ya me he hecho a sus llamadas... Pero lo que usted dice: deprimente.

Voz P.—[...].

DANIEL.— Ah, pero esta no es que sea ni futuróloga ni pitonisa, como esas que colaboran con usted. ¡Huy, qué más quisiera yo! Esta es que me llama directamente del más allá.

Voz P.—[...].

DANIEL.—No, de más allá, no: del; del más allá.

Voz P.—[...].

DANIEL.—No pretendo hacerle creer absolutamente nada, entre otras cosas, porque no crea que yo me lo creo. Pero, qué quiere, es lo que ella dice.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Coincido plenamente con usted: los muertos no hablan. Mire, yo puedo aceptar que nos visiten, siempre y cuando lo hagan dentro del más estricto ámbito de los sueños. Pero que se comuniquen con nosotros por teléfono, por Internet o por medio de cualquier otra veleidad electrónica, no es que no me lo crea, es que le digo más: estoy convencido de que esos mensajes no son sino argucias de la compañía, que ya no sabe qué inventar para seguir engrosando el importe de mi factura telefónica. Lo cual no quita para que reconozca que es un servicio de lo más

sofisticado y de muy avanzada tecnología.

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Y qué importa que sea ella la que llame? Claro que me lo cobran a mí. ¿No ve que lo hace a cobro revertido?

Voz P.—[...].

DANIEL.—Pare el carro, ¿eh?, pare el carro. Se estará desviando usted. ¡No te fastidia! Yo me limito a contestar. Así que no me venga ahora con que nos estamos yendo por las ramas.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Me trae al paio que ese sea su estilo. Si quiere jugar a teniente Colombo, se compra la serie y practica en casa, pero no me toque las narices con interrogatorios geniales.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Sí, eso parece. O al menos, eso es lo que dicen ustedes. Mire, yo solo me limito a dar por cierto lo que ustedes me dicen. Aunque, eso sí, que conste que yo las dejé traspuestas, y no finadas.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Es que me da igual quién lo diga. Por mucho que me las maten a base de mensajería celestial, yo las dejé traspuestas, y de ahí no me apeo.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Sé perfectamente cuáles son sus intenciones. O las de mi familia. Y ya pueden ustedes pasarse la tarde matando monjas hasta que no les quede una viva en el convento, que de qué me van a volver a meter a mí en la residencia.

VOZ MUJER.—[...].

DANIEL.—Ah, ¿estabas escuchando? Pues ya lo has oído.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Eso no es de su incumbencia. Y no le consiento que se entrometa en nuestras bajezas familiares.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Eso he dicho. Que no creas que no estoy al corriente.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Estuve en el banco. Sí, en el banco. Y las cuentas estaban a nombre de Dani.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Ya supongo que tendréis un mandamiento judicial. Ahora, ya que no habéis tenido paciencia para esperar a que me muriera, al menos podíais habérmelo dicho, y no que me he tenido que enterar en ventanilla.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Siempre hay pagos urgentes que atender, mira tú la novedad.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Y tanto que dejé de ir a la fábrica, como que nadie me hacía ni puñetero caso. Ahora, eso no significa que no esté en condiciones de llevar el negocio.

Voz M.—[...].

DANIEL.—¡Ni maldita la falta! No tengo ninguna necesidad de descansar.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Ya supongo que lo estará haciendo bien. Es mi hijo, ¿no?, y lo enseñé yo. ¿Por qué iba a hacerlo mal?

Voz M.—[...].

DANIEL.—¿Y eso?

Voz M.—[...].

DANIEL.—¡Ah, ahí os duele! ¡La caja b! Ya, ya sé que andáis poniéndolo todo patas arriba para averiguar dónde guardo el negro. Pues lo tenéis crudo: no vais a tocar ni una sola peseta.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Eso es mentira. ¡De qué vais a tenerla controlada? Ni sabéis dónde está, ni vais a dar con ella si yo no os lo digo, así que lo tenéis claro.

Voz M.—[...].

DANIEL.—¿Convertible? ¿Cómo que no era convertible? ¿Pero... pero qué es eso de que no era convertible?

Voz M.—[...].

DANIEL.—Bueno, sí, pesetas. ¿Y qué?

Voz M.—[...].

DANIEL.—¿Pero qué majadería es esa? ¿Cómo no se va a poder convertir?

Voz M.—[...].

DANIEL.—¿La peseta, papel mojado? Mira, eso del euro es una moda que ya veréis cómo se pasa. ¡Papel mojado...! Ya os voy yo a dar papel mojado. *(Pausa.)* El euro sí que tiene los días contados; que no hay quien se aclare con el dichoso euro.

Voz M.—[...].

DANIEL.—Pues claro que tendrá que volver la peseta. Como toda la vida.

Voz M.—[...].

DANIEL.—¡Chochea? ¡Chochea, yo?

(Desconecta y tira los brazos por alto.)

DANIEL.—*(Al espejo.)* ¡A mí que me la van a dar! ¡Que no son convertibles! Es que te cambian el mundo... En cuanto te das media vuelta, es que te cambian el mundo y que te dejan fuera. Pero conmigo se equivocan. ¡Euros a mí! Hasta con decimales, si es preciso. *(Pausa.)* Además, ¿cómo no van a ser convertibles? ¿Entonces, el que tenga negro, qué?, ¿se lo come? Tenemos que actualizarnos. La residencia ha sido una trampa, un relajo que no nos va a traer nada bueno. *(Pausa.)* Por cierto, ¿te acuerdas tú de dónde lo escondimos? *(Mientras teclea y "ratonea".)* Porque para

mí que estos no han encontrado nada, vamos, que juegan de farol. Y deberíamos hacer por recuperarlo, que por muy pesetas que sean, con ese dinero podríamos fundar una empresa y salir a flote. *(Sin apartar la vista de la pantalla.)* Para mí que debe estar en un santuario de acciones incluseras. *(Sorprendido por lo que aparece en pantalla.)* ¡Esto es un banco? ¡Pero cómo que para consultar el saldo tengo que comprar un juego de cacerolas? ¡Dios, cómo está el mundo! Ya ni los bancos son lo que eran. No sé a dónde vamos a ir a parar. ¿Esto es un banco? Esto es una ferretería.

(Llamada telefónica.)

DANIEL.—*(Al espejo.)* ¿El comisario? Empiezo a dudar de que estos sean capaces de encontrar a nadie. Y menos, a nosotros.

(Abre otra trampa, revuelve los cables y descuelga un inalámbrico.)

VOZ LOCUTORA.—[...].



DANIEL.—*(Al espejo.)* ¿Qué te he dicho? Nada de policía. La loca otra vez. *(Al teléfono.)*
Acepto.

VOZ LOCA DE LOS DUELOS.—[...].

DANIEL.—Grandes noticias, dicho por usted, da un poco de miedo. ¿Y se puede saber quién se ha muerto ahora?

VOZ L.D.—[...].

DANIEL.—¿Cómo dice?

VOZ L.D.—[...].

DANIEL.—Mire, no tiene gracia. No tiene pero que ni pizca de gracia.

VOZ L.D.—[...].

DANIEL.—Se está pasando. Así que deje ya esta mascarada y olvídeme de una vez por todas.

VOZ L.D.—[...].

DANIEL.—¿Me oye? ¡Olvídate!

(Arroja el inalámbrico a la trampilla mas, de inmediato, suena otro teléfono, abre otra trampilla y se coloca un “manos libres”).

DANIEL.—¡No le he dicho que me olvide? Pues deje ya de llamarme.

VOZ P.—[...].

DANIEL.—¿El comisario? ¿Es usted?

VOZ P.—[...].

DANIEL.—Ah, disculpe, creía... Bueno, no importa.

VOZ P.—[...].

DANIEL.—Sí, cierto. Ya veo que finalmente dieron con mi paradero. Un buen trabajo, le felicito.

VOZ P.—[...].

DANIEL.—*(Al espejo, tapando el micro.)* Está más ufano que si hubiera descifrado el secreto

de la Esfinge. (*Destapa el micro.*) Ya, ya me figuro que eso de localizar una llamada en cinco minutos solo pasa en el cine.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Pues la verdad es que estaba convencido de que no lo conseguiría. Es más, ya estaba pensando en salir al balcón y gritar mi nombre, a ver si así me encontraban.

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Interés? Ninguno. No obstante, y esto es así, para cualquiera que huye, que lo encuentren es una solución —negativa, de acuerdo, pero una solución—, mientras que huir eternamente, más que un triunfo acaba siendo un castigo.

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Cómo estupendo? Estoy haciendo una reflexión; a ver si es que no va a poder uno reflexionar una vez en la vida, sin que le llamen la atención. (*Pausa.*) Usted, encuéntreme y déjese de sarcasmos. Tienen ya mi teléfono, ¿no? Pues venga y encuéntreme.

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Y eso? Vaya, vaya, vaya. ¿O sea que todo era una estratagema? ¡Qué astuto!

Voz P.—[...].

DANIEL.—(*Aparentando tranquilidad.*) Pero bueno, eso sí que es una novedad. O sea que me tienen rodeado. (*Le habla al espejo, tapando el micro.*) ¿Y ahora qué hacemos? ¿Huimos a la desesperada o nos doblegamos? Esto sí que es un dilema. (*Destapa el micro.*) ¿Pero rodeado como en “Objetivo Birmania” o como en “Solo ante el peligro”?

Voz P.—[...].

DANIEL.—Vaya, como en “Rambo”. Muy buena, también esa, aunque algo desproporcionado, ¿no cree?

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Nervioso? ¿Tendría que estarlo?

Voz P.—[...].

DANIEL.—Ya, ya supongo que no va a ocurrirme nada. Vamos, que lo daba por supuesto.

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Una ambulancia? ¿Me está dando a entender que es posible que necesitemos los servicios de una ambulancia?

Voz P.—[...].

DANIEL.—Le creo, le creo. Vamos, que no necesito asomarme para saber que lo tiene todo previsto.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Seguro que será impresionante, no me cabe la menor duda. Y le felicito; no solo por la rapidez con que ha desplegado sus efectivos, sino, sobre todo, por el sigilo con que lo han hecho. La verdad es que no he oído un solo ruido que me hiciera sospechar que me estaban rodeando.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Oiga, ¿y por qué iban a hacerme daño? No soy un asesino internacional. He tenido un accidente de circulación, sí, pero ni siquiera era yo el que conducía. No sé, en ningún momento se me había pasado por la cabeza que los Geos fueran a dinamitar la puerta. *(Pausa.)* ¿A usted sí? *(Pausa.)* Por favor, contésteme: ¿a usted sí se le ha pasado por la cabeza que los Geos puedan dinamitar mi puerta?

Voz P.—[...].

DANIEL.—Calma, ¿eh? Que no cunda el pánico. Y dígame, de verdad: ¿no se habrá creído que soy Rambo?

Voz P.—[...].

DANIEL.—Mire, lo único que me intranquiliza —y me intranquiliza mucho— es esa obsesión suya por que me tranquilice.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Por supuesto que no voy a hacer ninguna tontería. Y ojalá pudiera estar igual de seguro de que no sean ustedes quienes vayan a hacerla.

Voz P.—[...].

DANIEL.—¡Armado? ¡Pero... pero... pero cómo voy a ir armado? Oiga, yo de niño jugaba con muñecas. ¿Cómo quiere que vaya armado? (*Para sí.*) Estos se han pasado viendo películas.

Voz P.—[...].

DANIEL.—No puede ser. ¿Me lo está diciendo en serio? ¿De verdad pretende que abra la puerta y que salga con los brazos en alto?

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Pero por qué ese interés en que haga el ridículo?

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Las instrucciones? ¿Qué instrucciones?

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Que me están dando instrucciones? ¿Pero por qué megafonía?

Voz P.—[...].

DANIEL.—Mire, si para usted es importante, yo podría salir con los brazos en alto. No lo voy a hacer porque no es mi estilo, pero podría. Vamos, que está en mi mano. Ahora, lo que no puedo hacer es seguir las instrucciones que me están dando por megafonía, porque es que aquí no se oye ninguna megafonía.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Se lo juro: ni media. Escuche, escuche: silencio absoluto.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Pues me lo estarán diciendo a voz en grito, pero aquí, es que no se oye lo que se dice nada. (*Pausa.*) A ver, a ver, que ya sé lo que pasa. ¿Usted está seguro de que la

casa que están rodeando es la mía?

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Un chalet de tres pisos con dos abetos junto a la entrada?

Voz P.—[...].

DANIEL.—Mire, mejor le doy la dirección, no sea que la líen: Camino Bajo de las Salinas, sin número.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Sí, mejor asegúrese, que como estén rodeando a otro, le pueden dar un susto de muerte. *(Tapando el micro.)* Qué peligro... Qué peligro.

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Pero usted está viendo los abetos con sus propios ojos?

Voz P.—[...].

DANIEL.—No sé, deje que compruebe, a ver si es que soy yo el que no está en mi casa.

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Que van a entrar? ¿Eso significa que ahora viene el número de los Geos?

Voz P.—[...].

DANIEL.—Que sí, hombre, que no se preocupe, que estoy lejos de la puerta.

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Que entran? Pues adelante. Anda que a mí... A saber a dónde irán a entrar estos.

(Mira en todas direcciones, esperando que ocurra algo y, finalmente, escucha una explosión a través del auricular).

DANIEL.—¡Arrea! *(Pausa.)* ¿Sigue ahí? *(Pausa.)* Diga, ¿sigue ahí?

Voz P.—[...].

DANIEL.—Pues aquí, ¿dónde quiere que esté?

Voz P.—[...].

DANIEL.—Perfectamente.

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿A mí? ¿La explosión? Mire, aquí no ha habido ninguna explosión.

Voz P.—[...].

DANIEL.—No me diga que han soltado a los Geos. *(Tapando el micro.)* Menudo soponcio le habrán dado al que sea. *(Destapa el micro.)* ¿Y saben ya quién ha sido el afortunado al que le han dinamitado la puerta? Porque, desde luego, a mí no ha sido.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Oiga, si la hubiera oído se lo diría. Bueno, sí, por el teléfono, sí. Pero qué quiere, aquí no ha pasado nada.

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Confundirles? No tengo interés en confundir a nadie. Que ya bastante confuso estoy yo. *(Al espejo.)* ¿Qué hacemos, aprovechamos para huir? Claro que si quedándonos quietos no nos encuentra, figúrate si huimos. *(Al teléfono.)* Mire, yo lo que quiero es que me encuentren.

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Cómo una pista? Yo lo que quiero es que me encuentren mientras huyo. Vamos, que me detengan con dignidad, y no que parezca que estoy suplicando ayuda.

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Han mirado en el dormitorio? Porque en estos casos, donde primero hay que mirar es en el dormitorio.

Voz P.—[...].

DANIEL.—En el principal. Según suben, la primera puerta a la derecha. *(Para sí.)* No sea que se pierdan. *(Pausa.)* ¿Se puede saber qué hacen?

Voz P.—[...].

DANIEL.—Pues dense prisa, que son veinticinco escalones. ¡Qué cachaza!

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Qué pasa? ¿Qué ha visto?

Voz P.—[...].

DANIEL.—Pues claro que estoy bien. Un poco mareado, pero vamos, bien.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Pues sí, bien. Dentro de lo que cabe.

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Pero quiere decirme de una vez qué es lo que pasa?

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Quién está en el suelo?

Voz P.—[...].

DANIEL.—Pues levánteme, alma de cántaro. Si estoy en el suelo, levánteme.

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Cómo que no puede?

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Pero qué pamplina es esa de que no se debe tocar nada? Vamos a ver, ¿no han traído una ambulancia? Pues llévenme en la ambulancia. ¡O a ver para qué coño quieren si no una ambulancia! (*Pausa.*) Mire, hay un traumatólogo que ya quiso ponerme en observación. Podrían llevarme a su clínica, y eso que llevaríamos ganado.

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Cómo que es tarde para traumatólogos? Pero hombre, no me sea derrotista.

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Al juez? ¿Qué juez?

Voz P.—[...].

DANIEL.—Déjese de competencias y llévenme al traumatólogo.

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Paciencia?

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Pero qué es lo que quiere que espere? En situaciones así, no hay espera que valga. O actuamos con rapidez o luego ya será demasiado tarde.

Voz P.—[...].

DANIEL.—¡Pero... pero... pero qué quiere que diga un juez de instrucción? Mire, en medicina, los jueces, para lo único que sirven, es para levantar cadáveres.

(Acorralado por sus propias palabras, se quita el “manos libres” y se lo engancha al cuello. Y, de inmediato, suena un teléfono. Abre la trampilla y extrae un teléfono.)

Voz LOCUTORA.—[...].

DANIEL.—No, no la acepto. *(Pausa.)* O bueno, sí, pásamela.

Voz LOCA DE LOS DUELOS.—[...].

DANIEL.—Que no le consiento un pésame más. Eso es lo que le digo.

Voz L.D.—[...].

DANIEL.—¿El último? Muy graciosa. ¡El último! Pues como si fuera el primero. Que al final se va a salir usted con la suya.

Voz L.D.—[...].

DANIEL.—Sí, usted, que con tanto pésame y tanto muerto, lo que va a conseguir es que acabe aficionándome al más allá.

Voz L.D.—[...].

DANIEL.—Ah, ¿no le parece grave? ¿Sabe cómo estoy?, ¿eh? ¿Lo sabe?

Voz L.D.—[...].

DANIEL.—Pues eso: tirado en el suelo. Y lo que es más irritante: teniendo que soportar, sin poder hacer nada para impedirlo, que un comisario con pretensiones de personaje

de televisión dibuje mi silueta con una tiza.

Voz L.D.—[...].

DANIEL.—O sea que le parece serio.

Voz L.D.—[...].

DANIEL.—Pues será todo lo policíaco que usted quiera, pero me parece humillante que esa vaya a ser la huella que voy a dejar en este mundo.

(Suena el módem y conecta. DANIEL lee en la pantalla)

DANIEL.—¿El Vaticano? ¿Cómo el Vaticano? *(Se pone las gafas.)* Ah, el Vaticano Corporation de Nueva York. *(Se coloca el “manos libres” del módem.)*

Voz V.—[...].

DANIEL.—¿Mi extremaunción? Se equivoca, aquí nadie ha pedido la extremaunción.

Voz V.—[...].

DANIEL.—Vamos, está usted loco si se cree que voy a darle el número de mi tarjeta de crédito.

Voz V.—[...].

DANIEL.—Me da igual que sea una oferta.

Voz V.—[...].

DANIEL.—Lo siento, pero no estoy interesado en que me absuelvan los pecados de la cuenta corriente.

Voz V.—[...].

DANIEL.—Pues serán ustedes todo lo modernos que quieran, pero yo no comulgo con ruedas de molino, así que ya pueden irse a freír puñetas, que nadie les ha dado vela en este entierro. *(Al teléfono.)* ¿Ha oído? La competencia.

(Deja el “manos libres” y tira el monitor al suelo, al tiempo que de las vigas cae una cascada de cables.)

(Suena el teléfono.)

DANIEL.—¡Vaya por Dios! *(Abre una trampilla y descuelga.)*

VOZ TRAUMATÓLOGO.—[...].

DANIEL.—¡Gracias a Dios! Le estaba esperando. ¿Cómo es que ha tardado tanto en llamar?

VOZ T.—[...].

DANIEL.—Es que, verá, he pensado que sí; vamos, que me vendría bien ponerme en observación.

VOZ T.—[...].

DANIEL.—¿Cómo que “a buenas horas, mangas verdes”?

VOZ T.—[...].

DANIEL.—No me diga. Pero eso es estupendo: si he entrado en estado de coma, es que sigo vivo.

VOZ T.—[...].

DANIEL.—Pues no me lo diga a mí, dígaselo al comisario.

VOZ T.—[...].

DANIEL.—Bueno, eso no es preciso que se lo diga. Tampoco hay por qué entrar en detalles. Ahora puede parecer irreversible, y luego cualquiera sabe.

VOZ T.—[...].

DANIEL.—Más a mi favor: si llevo meses así, es que hay esperanza.

VOZ T.—[...].

DANIEL.—Por favor, doctor, hay que ser más positivos. Ya verá como al final esto es como una cura de sueño.

VOZ T.—[...].

DANIEL.—Pues claro que nada es imposible. Ya, ya verá como tengo razón. Pero diga, dígaselo al comisario. ¿No ve que me está calcando la postura con una tiza?

Voz T.—[...].

DANIEL.—¿Un artista? ¿Cómo que el comisario es un artista? (*Aparta el teléfono.*) ¿Un artista el comisario? Será posible... (*Se coloca el “manos libres”.*) Comisario, un momento, espere un momento. Y hable con el doctor, que por lo visto estoy en estado de coma.

Voz POLICÍA.—[...].

DANIEL.—Pues claro que huía. ¿Toda la vida huyendo, y no iba a hacerlo en un caso así? Pero huía despacito, para que me cogieran. Lo que pasa es que ustedes son unos ineptos. Ah, y eso que ha dicho de que soy un fiambre me parece de muy mal gusto.

Voz P.—[...].

DANIEL.—Y si estoy muerto, ¿qué es lo que hace hablando conmigo?

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Pero qué expediente ni qué expediente?

Voz P.—[...].

DANIEL.—Ah, pues interrogue, interrogue. Interrogue todo lo que quiera, que no hay mejor rehabilitación para un enfermo en estado de coma que pasarse la tarde de conversación.

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Pero todavía estamos con eso? Se salió porque se tenía que salir; ya se lo dije antes: le daría un mareo. ¡Ay, qué sé yo!

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Yo? ¿A la novicia? No me sea guarro. ¿Pero cómo iba a hacerle yo a la novicia una cosa así?

Voz P.—[...].

DANIEL.—Y dale con mi edad. Pues no hice nada de lo que se imagina, pero aunque hubiera ocurrido tal como usted piensa, tampoco tendría por qué avergonzarme. O sea que

me encierran en la residencia sin más posibilidad que intentarlo con la novicia y encima pretende que me sienta culpable. ¡Vamos, anda!

Voz P.—[...].

DANIEL.—Para empezar, yo no provoqué el accidente. Y sí, me fui al cine, ¿y qué? Como todo el mundo. ¿O es que usted no hace *zapping*? Estaban muertas, ¿no? Pues ya estoy harto de que me llenen la pantalla de muertos en cuanto me siento a comer.

Voz P.—[...].

DANIEL.—¡Ja! Esto sí que es bueno. ¡Que no distingo las noticias de la realidad? El accidente lo dieron en el telediario, que lo vieron cuatro millones de telespectadores. ¿Fue alguien a sacarlas? Pues ya me dirá por qué iba a tener que hacerlo yo. Yo, con llamar a los bomberos, ya cumplí más que de sobra.

Voz P.—[...].

DANIEL.—¿Que yo estaba allí? Se equivoca. Yo estaba en estado de coma. Catatónico, como todo el mundo. Así que de culpable, nada. Y deje la tiza, que me está poniendo nervioso.

(Se quita el “manos libres” y utiliza el teléfono que le comunica con la loca de los duelos.)

DANIEL.—Oiga, mire, dígame; ustedes que ahí, en el más allá, parece que lo saben todo: ¿de verdad iba yo metiéndole mano a la novicia?

Voz LOCA DE LOS DUELOS.—[...].

DANIEL.—¿En serio?

Voz L.D.—[...].

DANIEL.—No es posible.

Voz L.D.—[...].

DANIEL.—¿Que se dice? ¿Cómo que se dice? ¡Pero es que no tienen nada más importante que hacer que andar de cotilleos? Pues vaya con el más allá.

Voz L. D.—[...].

DANIEL.—¡Ni tertulia, ni tertulia! Que eso es lo que pasa por andar siempre desocupados. Menos vida contemplativa y más actividad empresarial. Que con tanto relajo, no me extraña que se abra camino la maledicencia.

Voz L. D.—[...].

DANIEL.—¿San Pedro? ¿Sabe San Pedro...? No sé, si lo ha dicho San Pedro... Yo es que, la verdad, no me acuerdo muy bien; aunque puede, sí, que se me fuera la mano, pero vamos, que sería sin darme cuenta.

(Suelta el teléfono con el que se comunica con la loca de los duelos.)

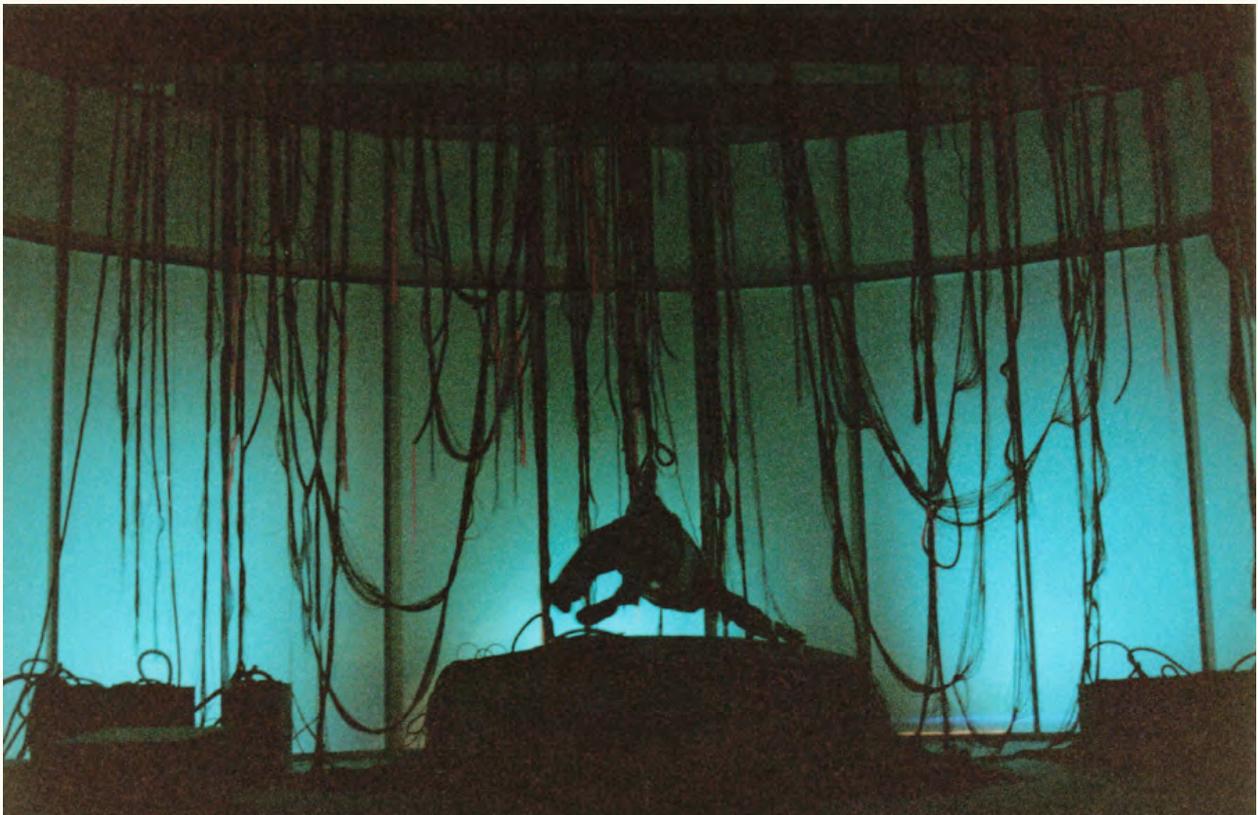
DANIEL.—*(Al espejo.)* No, si se va a saber; si al final ya verás como se sabe. O cambiamos de página, o ya verás como al final sentamos plaza de libidinosos.

(Utiliza el teléfono con el que se comunica con el traumatólogo.)

(De fondo se escucha el ritmo del electro.)



DANIEL.—Oiga, doctor, más que nada, por salir de dudas: ¿no sería posible que me hicieran un electro? (*Suelta el teléfono y se sube a la “cama”.*) Algo sencillito, tampoco tiene por qué esmerarse. Es solo por conectarme a la red eléctrica; sería tan agradable naufragar en Internet... O mejor, amortájeme en un “cederrón”. (*Y coge uno, a modo de hostia.*) ¿Sabe? Un sepelio digital. Estoy cansado de mí: tan orgánico, tan pasional, tan miserable y, sobre todo, tan poco cibernético... Verá, quiero ser moderno y arruinarme en euros... Ande, no se haga el remolón y póngame los electrodos. (*Y él mismo se los va colocando.*) Venga, hombre, electrifíqueme. ¿Qué quiere? Me apetece una vida argumental. ¿Se imagina? Poder marcharse por ahí, de parabólica en parabólica... Bueno, la verdad es que me conformaría con vivir las desgracias del vecino en la pantalla del videoportero. Me gustaría tanto ofertar mi último aliento en la intimidad de una página “güeb”... Si me conecta a la red, verá como yo solito me dedico a zozobrar mientras navego por la mar insondable. Hagamos un trato: usted me distribuye vía satélite y yo le prometo a cambio un definitivo encefalograma plano.



(Cesa el electro.)

(La luz se torna verde, acuosa, con ecos submarinos. Miles de burbujas ascienden hacia la superficie. El paisaje de cables, en contraluz, asemejan ser algas ondulantes. DANIEL alza los pies del suelo y queda suspendido, náufrago en la pecera de su mente.)